



¿Una copa? Fuente: Archivo Editorial Unimagdalena

## Un buen trago de vino

**Carlos Fuentes<sup>1</sup>**

—¡Maldición, el vino se acabó! —gritó con desesperación.

Era la boda más importante jamás antes vista. Habían asistido los comerciantes y las personas más adineradas de la ciudad. Incluso algunos habían viajado desde lugares muy lejanos, los invitados lucían las prendas y trajes más caros. Cada detalle fue previsto; se alquiló el salón más grande de la ciudad. Los invitados ingresarían

por la entrada principal y la salida sería por el portón trasero. Los criados escondieron las mascotas para no incomodar a los invitados, les guardaron comida para evitar que estos escaparan de sus guaridas.

La fiesta transcurría en un salón inmenso, las mesas estaban adornadas con flores y un mantel rosado las cubría de pies a cabeza. Había abundante comida, tanto así que los invitados podrían hartarse durante tres días seguidos. Y a lo lejos se escuchaba los cantos de los pájaros que armonizaban con la música que tocaba la orquesta.

---

1. Psicólogo de la Universidad del Magdalena. E-mail: [carlosfuentesml@unimagdalena.edu.co](mailto:carlosfuentesml@unimagdalena.edu.co)

Miró su reloj. Faltaban diez minutos para las tres de la mañana.

El alcohol había embriagado a casi todos los invitados; querían saciarse hasta perder el conocimiento. Observó a algunas personas recostadas en las mesas, simplemente estaban allí. Pensando en sus penas, sus riquezas o tal vez cuestionando sus triunfos.

Y aunque el festín estaba por culminar, sentía que el caos empezaba a apoderarse de cada rincón del salón. No podía quedar en ridículo ante sus invitados. Había pagado un ojo de la cara por su fiesta y sobre todo por su última esposa; ni si quiera recordaba su nombre. Ella era de otro país, lo que dificultaba recordar su nombre.

En ese momento, un borracho gritó dónde carajos está el alcohol.

Inmediatamente, el encargado de la fiesta se dirigió a unas tinajas donde escondía dinero, sacó cincuenta monedas de oro, se las dio a su criado y le dijo:

—Corre y gasta este dinero en vino. No importa si traes el más barato, total todos están embriagados y no lo notaran.

El criado lo miró con confusión y el señor recalzó:

—Te he dicho que corras.

El criado corrió aterrorizado, transitó por las solitarias calles de la ciudad y visitó los pocos sitios que encontró abiertos, pero en ninguno de ellos halló una gota de vino. Pensó rápidamente en una solución y no existía respuesta alguna. Se puso a llorar y tuvo miedo de dirigirse ante el encargado de la fiesta, que este lo golpeará y lo encerrará con los leones.

En ese momento, una de las invitadas lo encontró llorando y le dijo:

—¿Por qué lloras, muchacho?

—Es que el vino de la fiesta se ha acabado, me han mandado a comprar más y no he encontrado. Ahora mi señor me castigará.

La señora vio que su hijo conversaba con unos amigos en la mesa y le hizo seña con la mirada para que este se acercara. Le dijo:

—Ya no tienen vino.

Él respondió:

—Madre ese no es asunto nuestro. Aún no ha llegado mi momento de actuar.

La madre insistió y le dijo:

—Pero podrías traer esas...

Pero él la interrumpió con un gesto de negación que hizo con su cabeza y no cedió ante la petición de su madre. Y le dijo:

—El buen vino no está listo aún. Entonces, caminé de regreso con sus amigos, buscó la mesa, se sentó y siguió conversando como si ese suceso nunca hubiese ocurrido.

La señora miró al criado con tristeza, intentando consolarlo, le dijo unas palabras, pero él no le respondió nada, ni si quiera le devolvió la mirada. Se marchó y dirigió sus pasos hacia el centro de la sala, secó sus lágrimas, tragó saliva y se acercó ante el encargado de la fiesta para darle la mala noticia.

El dueño de la boda enfureció. Se escuchó un grito que despertó a los invitados que estaban durmiendo sobre la mesa; el borracho seguía preguntando por el vino, los invitados dijeron que esta era la peor boda a la que habían asistido y nadie supo qué pasó con el criado. ■■■